

El libro de Daniel - Número ciento dieciocho

La advertencia profética a Jerusalén: una representación simbólica de los acontecimientos del fin de los tiempos

Jeff Pippenger
2024-03-05

Los siete años de advertencia desde el año 63 hasta el año 70, que fueron proclamados por el hombre que iba de un lado a otro por las calles de Jerusalén, anunciando las desgracias que habrían de venir sobre la ciudad, habían sido prefigurados por la advertencia dada a Jerusalén durante tres años y medio: primero en el ministerio de Cristo, y luego, otros tres años y medio, en el ministerio de los discípulos. Artículos anteriores ya han señalado que la destrucción de Jerusalén podría haber tenido lugar en la cruz, o más tarde en la lapidación de Esteban, pero la longanimidad de Dios aplazó su juicio sobre la ciudad y el pueblo.

«Y sobre quienquiera que cayere, le desmenuzará.» El pueblo que rechazó a Cristo pronto habría de ver su ciudad y su nación destruidas. Su gloria sería quebrantada y esparcida como el polvo delante del viento. ¿Y qué fue lo que destruyó a los judíos? Fue la roca que, si hubiesen edificado sobre ella, habría sido su seguridad. Fue la bondad de Dios despreciada, la justicia rechazada, la misericordia menospreciada. Los hombres se pusieron en oposición a Dios, y todo lo que habría sido su salvación se volvió para su destrucción. Todo lo que Dios ordenó para vida, ellos hallaron que les era para muerte. En la crucifixión de Cristo por parte de los judíos estaba implicada la destrucción de Jerusalén. La sangre derramada en el Calvario fue el peso que los hundió en la ruina para este mundo y para el mundo venidero. Así será en el gran día final, cuando el juicio caiga sobre los que rechazan la gracia de Dios. Cristo, su roca de tropiezo, se les aparecerá entonces como una montaña vengadora. La gloria de su rostro, que para los justos es vida, será para los impíos un fuego consumidor. A causa del amor rechazado y de la gracia despreciada, el pecador será destruido.

"Mediante muchas ilustraciones y repetidas advertencias, Jesús mostró cuál sería el resultado para los judíos de rechazar al Hijo de Dios. Con estas palabras se dirigía a todos los que, en todas las épocas, rehúsan recibirlo como su Redentor. Cada advertencia es para ellos. El templo profanado, el hijo desobediente, los falsos labradores, los constructores desdeñosos, tienen su contraparte en la experiencia de todo pecador. A menos que se arrepienta, la condenación que ellos presagiaron será la suya." *El Deseo de las Edades*, 600.

El período de siete años en el que el hombre dio testimonio a Jerusalén se dividió, en el primer asedio, en dos períodos iguales de mil doscientos sesenta días. Esos siete años representaron la destrucción de Jerusalén, y los siete años de los ministerios de Cristo y de los discípulos representaron el comienzo de la destrucción de Jerusalén, y Jesús siempre ilustra el fin con el principio. Esos siete años también fueron tipificados por los "siete tiempos" contra el reino del norte, que fueron divididos en dos períodos iguales de mil doscientos sesenta años.

Cuando la Roma moderna repita la historia de la Roma pagana y papal, pisoteando la Jerusalén literal y espiritual; y cuando la Roma moderna repita las dos historias de los dos períodos de advertencia dados por el hombre desde el año 63 hasta el año 70; y cuando la Roma moderna repita la historia representada por los dos períodos en que Cristo y los discípulos entraban y salían de Jerusalén durante tres años y medio, se manifestarán dos períodos distintos, aunque en los postreros días, “el tiempo no será más”.

El último de esos dos períodos es el simbólico período de cuarenta y dos meses durante el cual Roma moderna lleva a cabo su persecución final contra los fieles, una vez sanada su herida mortal con la inminente ley dominical. Ese simbólico período de cuarenta y dos meses es el segundo de dos períodos, y es el período del juicio ejecutivo de Roma moderna. Ese período está precedido por el juicio investigativo de los vivos en el adventismo laodicense.

El hombre que advirtió a la Jerusalén literal murió durante el asedio de Tito. No murió en la destrucción, sino durante el asedio que precedió a la destrucción, pues ningún cristiano murió en la destrucción de Jerusalén.

Durante siete años un hombre continuó subiendo y bajando por las calles de Jerusalén, anunciando las calamidades que habían de venir sobre la ciudad. De día y de noche entonaba un lúgubre canto fúnebre: "¡Una voz del oriente! ¡Una voz del occidente! ¡Una voz de los cuatro vientos! ¡Una voz contra Jerusalén y contra el templo! ¡Una voz contra los novios y las novias! ¡Una voz contra todo el pueblo!" - *Ibíd.* Este extraño ser fue encarcelado y azotado, pero ninguna queja escapó de sus labios. A los insultos y maltratos respondía solamente: "¡Ay, ay de Jerusalén!" "¡Ay, ay de sus habitantes!" Su grito de advertencia no cesó hasta que fue muerto en el asedio que había predicho. El conflicto de los siglos, 29, 30.

El hombre murió en el asedio, pero no en la destrucción final, y la destrucción final representa el cierre del periodo de prueba y las siete últimas plagas. Por lo tanto, el hombre es un símbolo del mensaje de salir de Jerusalén en el primer asedio. Los cristianos entonces huyeron, y en los primeros tres años y medio el hombre fue un símbolo de un grupo que no muere en Jerusalén, y en los segundos tres años y medio es un símbolo de los últimos cristianos en morir antes del cierre del periodo de prueba. En el primer período está identificando a los ciento cuarenta y cuatro mil, y en el segundo período de tres años y medio representa a la gran multitud que muere durante el segundo período.

El mensaje del hombre fue registrado por el historiador, y fue representado por seis voces. Cuando finalmente fue encarcelado, su séptimo y último mensaje fue "ay, ay" para Jerusalén y sus habitantes. La primera "voz" registrada fue una "voz del oriente", y su último mensaje fue "ay". El primer y el último elemento de su mensaje eran el símbolo bíblico que representa al islam, pues en la Biblia el islam corresponde a los hijos del "oriente", y están representados por el "viento del oriente". La duplicación de la palabra "ay" en su mensaje final refleja el fin de la Babilonia moderna, cuando los reyes de la tierra claman tres veces: "¡Ay, ay de la gran ciudad!". La palabra griega traducida como "ay" en los tres versículos de Apocalipsis, capítulo dieciocho, se traduce como "ay" en el capítulo ocho, versículo trece.

Y miré, y oí a un ángel volar por en medio del cielo, diciendo a gran voz: ¡Ay, ay, ay de los moradores de la tierra, a causa de los otros toques de trompeta de los tres ángeles que aún han de tocar! Apocalipsis 8:13.

La proclamación del hombre de «¡ay, ay!» representa la triple aplicación de los tres Ayes, porque los elementos del primer Ay, combinados con los elementos del segundo Ay, «línea sobre línea», identifican los elementos del tercer Ay, así como las tres expresiones de «¡ay, ay!» de los reyes de la tierra en el capítulo dieciocho representan el tercer Ay, según lo establecido por el primer y el segundo Ay. El principio y el final del mensaje del hombre tipifican el mensaje del islam del tercer Ay.

La primera expresión de su mensaje fue una voz del "oriente", y "oriente" es un símbolo del Islam, pero también identifica al ángel sellador que surge en el oriente.

Y después de estas cosas vi a cuatro ángeles de pie en los cuatro extremos de la tierra, que retenían los cuatro vientos de la tierra, para que no soplara viento sobre la tierra, ni sobre el mar, ni sobre ningún árbol. Y vi a otro ángel que ascendía desde el oriente, teniendo el sello del Dios vivo; y clamó con gran voz a los cuatro ángeles a quienes se les había dado hacer daño a la tierra y al mar, diciendo: No hagan daño a la tierra, ni al mar, ni a los árboles, hasta que hayamos sellado en sus frentes a los siervos de nuestro Dios. Y oí el número de los que fueron sellados: fueron sellados ciento cuarenta y cuatro mil, de todas las tribus de los hijos de Israel. Apocalipsis 7:1-4.

En la historia de Elías en el Monte Carmelo, cuando miró hacia el mar y vio una nube, miraba hacia el oeste, pues el Monte Carmelo se encuentra cerca del mar Mediterráneo.

Y aconteció que a la séptima vez dijo: He aquí, se levanta del mar una nube pequeña, como la mano de un hombre. Y él dijo: Sube, y di a Acab: Prepara tu carro y desciende, para que la lluvia no te detenga. 1 Reyes 18:44.

Elías habría estado mirando hacia el oeste, en dirección al Mar Mediterráneo. En el capítulo doce de Lucas, Cristo habla de que su mensaje es un mensaje de división.

¿Pensáis que he venido para dar paz en la tierra? Os digo: No, sino división. Porque de aquí en adelante estarán divididos cinco en una casa: tres contra dos y dos contra tres. Estarán divididos el padre contra el hijo, y el hijo contra el padre; la madre contra la hija, y la hija contra la madre; la suegra contra su nuera, y la nuera contra su suegra. Y decía también a la gente: Cuando veis que sale una nube del poniente, enseguida decís: Viene un aguacero; y así es. Y cuando sopla el viento del sur, decís: Hará calor; y acontece. ¡Hipócritas! Sabéis discernir el aspecto del cielo y de la tierra; ¿y cómo no discernís este tiempo? Lucas 12:51-56.

El mensaje del mensajero a Jerusalén lleva la firma de Alfa y Omega, porque el principio y el fin identifican el Islam del tercer Ay, y con la voz del "oriente" identifica simultáneamente el mensaje del Islam como el mensaje del sellamiento. La "segunda voz" desde el "occidente" identifica la lluvia tardía, que es la última lluvia, y todos los profetas se refieren a los postreros días. El mensaje del "occidente" es un símbolo del mensaje de la lluvia tardía, que produce dos clases de

adoradores. Una de las clases no puede reconocer el mensaje de la lluvia tardía porque "no discernen este tiempo".

El siguiente elemento del mensaje del mensajero es la voz de los "cuatro vientos", que es tanto el mensaje del sellamiento como el mensaje del caballo iracundo del Islam, tal como lo representa el tercer Ay. El siguiente elemento va contra Jerusalén y el templo, identificando así el mensaje de todos los profetas, que señala a una clase de personas que están siendo pasadas por alto, porque han basado su pretensión de salvación, no en Cristo, sino en el templo y en su herencia como pueblo escogido de Dios. Ellos son, a lo largo de la historia sagrada, los que aparecen representados proclamando: "el templo del Señor, el templo del Señor somos nosotros". El mensaje contra Jerusalén y el templo es el mensaje laodicense.

No hay necesidad de maravillarse de que la iglesia no sea vivificada por el poder del Espíritu Santo. Hombres y mujeres están dejando de lado la instrucción que Cristo ha dado. La ira y la codicia están obteniendo la victoria. El templo del alma está lleno de maldad. No hay lugar para Cristo. Los hombres siguen sus propios caminos perversos. No prestan atención a las palabras del Salvador. Toman el asunto en sus propias manos, rechazando reprensiones y advertencias, hasta que el candelero sea removido de su lugar, y el discernimiento espiritual queda confundido por ideas humanas. Aunque deficientes en el servicio, se justifican a sí mismos, diciendo: "El templo del Señor, el templo del Señor somos nosotros". Dejan a un lado la ley de Dios para seguir la luz de su propia imaginación. Review and Herald, 8 de abril de 1902.

El mensajero entonces alzó la voz con su mensaje de advertencia contra los novios y las novias, como símbolo de la metodología de "línea sobre línea", porque la línea profética de los últimos días será tal como lo fue la línea profética en los días de Noé, cuando se daban en matrimonio justo en el momento en que el diluvio de destrucción estaba a punto de desbordar sus ambiciones y planes mundanos.

La Biblia declara que en los últimos días los hombres estarán absorbidos en los afanes mundanos, en el placer y en ganar dinero. Estarán ciegos a las realidades eternas. Cristo dice: 'Como en los días de Noé, así será también la venida del Hijo del Hombre. Porque como en los días anteriores al diluvio estaban comiendo y bebiendo, casándose y dándose en casamiento, hasta el día en que Noé entró en el arca, y no se dieron cuenta hasta que vino el diluvio y se los llevó a todos; así será también la venida del Hijo del Hombre.' Mateo 24:37-39.

Así es hoy. Los hombres se precipitan en la carrera por el lucro y la complacencia egoísta como si no hubiera Dios, ni cielo, ni más allá. En los días de Noé, la advertencia del diluvio fue enviada para sacudir a los hombres en su maldad y llamarlos al arrepentimiento. Así, el mensaje de la pronta venida de Cristo está destinado a despertar a los hombres de su absorción en las cosas mundanas. Tiene por objeto hacerles tomar conciencia de las realidades eternas, para que atiendan la invitación a la mesa del Señor.

La invitación del evangelio debe darse a todo el mundo: "a toda nación, tribu, lengua y pueblo" (Apocalipsis 14:6). El último mensaje de advertencia y misericordia ha de iluminar toda la tierra con su gloria. Debe alcanzar a todas las clases de hombres, ricos y pobres, grandes y

pequeños. “Salid por los caminos y vallados —dice Cristo— y fuérzalos a entrar, para que se llene mi casa.” Lecciones prácticas de Cristo, 228.

El último elemento de la advertencia se enfatiza en el pasaje anterior. El mensaje, representado como la voz contra «todo el pueblo», es el evangelio eterno, que señala la necesidad de cumplir los requisitos del evangelio para ser salvos. El primer requisito del evangelio eterno es temer a Dios, y ese temor se fundamenta en la realidad de que fueron nuestros pecados los que pusieron a Cristo, el Hijo del Dios viviente, en la cruz.

Cada elemento del mensajero a Jerusalén durante sus siete años de ministerio representó el evangelio eterno, que era el mismo evangelio que fue presentado en los siete años en que Cristo confirmó el pacto con muchos desde el año 27 hasta el año 34. También es el evangelio eterno que se proclama en los dos períodos finales de los últimos días, y es específico del mensaje de la lluvia tardía, siendo el mensaje del Islam del tercer Ay. Identifica el sellamiento de los ciento cuarenta y cuatro mil, la separación del trigo y la cizaña, la condición laodicense de la cizaña, y la triple aplicación de la profecía como símbolo de la metodología de la lluvia tardía, que es "línea sobre línea".

El mensaje de siete años en esa historia está proféticamente enmarcado dentro de los "días de venganza", que formaban parte de la primera mención del mensaje y la obra de Cristo, y su mensaje y su obra han de repetirse en los últimos días por los ciento cuarenta y cuatro mil. Entonces identificarán su mensaje dentro del marco profético de los "días de la venganza de Dios". Hay dos tipos bíblicos de "venganza" de Dios representados en Su Palabra: su venganza sobre su pueblo y también su venganza sobre sus enemigos.

Los "siete tiempos" de Levítico 26 ilustran la venganza de Dios sobre Su pueblo rebelde, y esa venganza incluye el pisoteo literal y espiritual del santuario y de la hueste. Dentro del simbolismo del pisoteo del santuario y de la hueste, también se representa la venganza de Dios contra Sus enemigos. En los últimos días, la venganza de Dios contra Su pueblo se representa como el hecho de que el Adventismo laodicense sea vomitado al llegar la inminente ley dominical. En ese hito también comienza Su venganza contra la Babilonia moderna.

El juicio investigador de los vivos sobre el adventismo laodicense, seguido por el juicio ejecutivo sobre la ramera de Tiro y sobre la bestia sobre la que ella cabalga y sobre la que reina, es la historia profética de los últimos días, donde se cumple el efecto de toda visión. Cada visión ha de aplicarse a esos dos períodos proféticos, porque la metodología de la lluvia tardía es la aplicación de línea profética sobre línea profética. Al comienzo de esas dos historias, Jesús identificó una “señal” que demuestra que los que viven en ese momento pertenecen a la última generación de la historia de la Tierra.

El primer período comenzó cuando dio inicio el sellado de los ciento cuarenta y cuatro mil el 11 de septiembre de 2001. Fue en ese hito donde se colocó la "señal" que Cristo identificó en Lucas 21.

Continuaremos este estudio en el próximo artículo.

"Ahora, hermanos, Dios quiere que tomemos nuestra posición junto al hombre que lleva la linterna; queremos tomar nuestra posición donde está la luz, y donde Dios ha dado a la trompeta un sonido definido. Queremos dar a la trompeta un sonido definido. Hemos estado perplejos, y hemos estado en duda, y las iglesias están a punto de morir. Pero ahora leemos aquí: 'Y después de estas cosas vi a otro ángel descender del cielo, que tenía gran poder; y la tierra fue iluminada con su gloria. Y clamó poderosamente con gran voz, diciendo: Babilonia la grande ha caído, ha caído, y se ha convertido en habitación de demonios, y en guarida de todo espíritu inmundo, y en jaula de toda ave inmunda y aborrecible' [Apocalipsis 18:1, 2]."

Pues bien, ¿cómo vamos a saber algo acerca de ese mensaje si no estamos en condiciones de reconocer nada de la luz del cielo cuando nos llega? Y con la misma facilidad aceptaremos el más oscuro engaño cuando nos venga de alguien que está de acuerdo con nosotros, cuando no tenemos ni una partícula de evidencia de que el Espíritu de Dios le haya enviado. Cristo dijo: "Yo he venido en nombre de mi Padre, y no me recibís" [véase Juan 5:43]. Ahora bien, esa es precisamente la obra que se ha estado llevando a cabo aquí desde la reunión en Minneapolis. Porque Dios envía un mensaje en su nombre que no concuerda con sus ideas, por lo tanto [ustedes concluyen] que no puede ser un mensaje de Dios. Sermones y Charlas, volumen 1, 142.